

## AIN - 12 - 23 - PREGUNTA - ES LA FE SIN OBRAS MUERTA?

Respetado amigo Evaristo Murcia. Con respecto a su pregunta nos permitimos comentarle lo siguiente:

Comenzamos con este versículo:

< Jacobo/Santiago 2:14 “Hermanos míos, ¿de qué aprovechará si alguno dice que tiene fe, y no tiene obras? ¿Podrá la fe salvarle?” >

Muchos hermanos se quedan perplejos con este pasaje, pensando que Jacobo/Santiago contradice a Shaul, quien tantas veces dice que un hombre es salvo y justificado libremente, sin ninguna obra, a través de la fe en él Mesías y Su resurrección. Algo que necesitamos poner en claro desde el mero principio es que la Palabra del Todopoderoso nunca se contradice. Lo que sucede comúnmente, y sucede en este pasaje, es un problema de entender lo que la Palabra del Todopoderoso nos dice.

En la primera parte de Jacobo/Santiago 2:14, vemos a Jacobo/Santiago hablando de “alguien que dice que tiene fe”. La expresión verbal de la fe de uno, es decir, si alguien dice que tiene fe, no es suficiente para salvarle. Veamos:

< Romanos 10:9-10: “que si confesares con tu boca que Yahoshúa es el mesías, y creyeres en tu corazón que el Todopoderoso le levantó de los muertos, serás salvo. Porque con el corazón se cree para justicia, pero con la boca se confiesa para salvación.”

Para que alguien sea salvo lo que se necesita es verdadera fe, fe del corazón. Tal fe es a la que se refiere la Palabra del Todopoderoso. Fe que simplemente es de la boca para afuera, es decir, que no existe en el corazón, no es verdadera fe. Veamos:

< Mateo 12:34 “de la abundancia del corazón habla la boca”

La confesión de fe es la confesión que viene del corazón que ha creído. Porque de otro modo es una confesión falsa. Si por lo tanto, como Jacobo/Santiago 2 dice: “alguien dice tener fe”, dos cosas pueden pasar:

Su confesión es genuina, esto es, lo que dice es verdad, o lo que dice no es genuino, es decir, aunque diga que tiene fe en realidad no la tiene. Tomemos el primer caso, el caso de una confesión genuina. Esta confesión, siendo genuina, es una confesión de fe que ya está en el corazón. En este caso, una consecuencia natural de esta fe es el fruto, las obras. Por decirlo de otro modo: aunque las obras no preceden la salvación y la fe (es decir, no somos salvos por obras), sin embargo, son consecuencias naturales de la salvación, viene como fruto, como resultado de la fe presente en el corazón. Veamos:

< Lucas 6:43-45 “No es buen árbol el que da malos frutos, ni árbol malo el que da buen fruto. Porque cada árbol se conoce por su fruto; pues no se cosechan higos de los espinos, ni de las zarzas se vendimian uvas. El hombre bueno, del buen tesoro de su corazón saca lo bueno; y el hombre malo, del mal tesoro de su corazón saca lo malo; porque de la abundancia del corazón habla la boca.”>

El fruto, las obras de todo hombre, es el resultado de lo que hay en su corazón. Veamos:

< Romanos 10:10 “con el corazón se cree... y con la boca se confiesa para salvación”.>

En otras palabras, la boca debe seguir siempre lo que hay en el corazón. No hay salvación simplemente cuando la boca confiesa sino cuando el corazón ha creído y luego como resultado la boca confiesa esta fe. Y puesto que tal tesoro, tal árbol, tal fe, existe en el corazón es natural también ver en ese árbol el buen fruto respectivo. Por lo cual, las buenas obras son algo muy natural, tan natural como cuando un buen árbol da un buen fruto.

Cuando alguien nace de nuevo (Efesios 1:13) es sellado con el espíritu de santidad, recibe una nueva naturaleza y se convierte en hijo del Todopoderoso. Esta nueva naturaleza da fruto – cuando, es de esperarse, caminamos en él. Veamos:

< Gálatas 5:22-23 “Mas el fruto del Espíritu es amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe, mansedumbre, templanza; contra tales cosas no hay ley.”>

Todas esas son características del Todopoderoso también. Él es amable, bueno, sufrido, gentil, amoroso, fiel, etc. Ahora, puesto que somos hijos del Todopoderoso – y aquí me estoy refiriendo a gente que ha creído genuinamente en el Mesías como el Mesías y en la Torah como las Instrucciones del Padre. - es absolutamente normal exhibir las mismas características de nuestro padre, esto es, ser bueno, amable, gozoso, sufrido, benigno y con dominio propio, etc. Es normal parecernos a Él, reflejarle. Lo mismo sucede con nuestros hijos: es normal que ellos se parezcan a nosotros, ya que son nuestros hijos. Los hijos del Todopoderoso, por lo tanto, se parecen, reflejan al Todopoderoso, quien vive en su interior. Obviamente, eso no puede suceder a aquellos que no son Sus hijos: ellos no pueden y no se parecen al Todopoderoso ya que no son Sus hijos. Y ¿cómo es que alguien se parece, refleja a el Todopoderoso? Muy simple: en las características que exhibe, en el fruto que da, en sus obras. Las obras, el fruto demuestra de quién somos hijos realmente. Veamos:

< Juan 8:38-44 “Yo hablo lo que he visto cerca del Padre; y vosotros hacéis lo que habéis oído cerca de vuestro padre. Respondieron y le dijeron: Nuestro padre es Abraham. Yahoshúa les dijo: Si fuereis hijos de Abraham, las obras de Abraham haríais. Pero ahora procuráis matarme a mí, hombre que os he hablado la verdad, la cual he oído del Todopoderoso; no hizo esto Abraham. Vosotros hacéis las obras de vuestro padre. Entonces le dijeron: Nosotros no somos nacidos de fornicación; un padre tenemos, que es el Todopoderoso. Yahoshúa entonces les dijo: Si vuestro padre fuese el Todopoderoso, ciertamente me amaríais; porque yo del Todopoderoso he salido, y he venido; pues no he venido de mí mismo, sino que él me envió. ¿Por qué no entendéis mi lenguaje? Porque no podéis escuchar mi palabra. Vosotros sois de vuestro padre el diablo, y los deseos de vuestro padre queréis hacer. El ha sido homicida desde el principio, y no ha permanecido en la verdad, porque no hay verdad en él. Cuando habla mentira, de suyo habla; porque es mentiroso, y padre de mentira.”

Esa gente creía que el Todopoderoso era su Padre. Pero, si el Todopoderoso era realmente su Padre no hubieran llevado a cabo esas obras. Ellos, sin embargo, hacían las obras del diablo. Por lo tanto, ¿quién era su padre? Aquel, cuyas obras hacían: el diablo.

Las obras, el fruto que da cada hombre, es la prueba de quién es hijo. Si alguien es realmente hijo del Todopoderoso hará las obras del Todopoderoso y de hecho las hará naturalmente ya que son parte de su ADN espiritual.

< Efesios 2:10 Porque somos hechura de Elohim, creados en el Masháj Yahoshúa para **hacer las buenas obras que Elohim preparó** de antemano para que anduviésemos en ellas.>

Para esto fuimos creados, hechos, está en nuestro ADN espiritual, las buenas obras que el Todopoderoso ha preparado para nosotros. Las obras para las cuales aunque no precedan fe y salvación, sin duda la siguen. Fe que no ha dado fruto, fe sin obras, es muerta, como Jacobo/Santiago dice.

< Mateo 7:21 “No todo el que me dice: mesías, mesías, entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos.” >

Para alguien que dice “mesías, mesías” no es suficiente. Necesita verdaderamente decirlo en serio. Y si lo dice en serio o no será demostrado por el fruto, el cual hace que lleve a cabo la voluntad del Padre. Y sí, puede que alguien caiga en errores que pueden afectar, incluso seriamente, su capacidad de dar fruto. Sin embargo, no puede suceder que él o ella sean permanentemente infructuosos. Un creyente que nunca ha dado fruto simplemente no es creyente.

Cuando hay verdadera fe en el corazón de un hombre, las obras saldrán naturalmente, como el fruto viene naturalmente de un árbol. Somos creados, hechos, es natural para nosotros hacer, las buenas obras que el Todopoderoso ya tiene preparadas para nosotros (Efesios 2:10).

Por lo cual, este es el caso de un hombre: el caso de un hombre cuya confesión es un resultado de la fe que tiene en su corazón, en otras palabras REAL.

En el otro caso, “alguien dice que tiene”, fe, pero es fe solo de palabra. Esa es la fe de un hombre que no ha creído realmente en su corazón y quien, por varias razones, puede pretender, incluso muchas veces sin darse cuenta, ser un creyente. Tal hombre, un hombre que “dice tener fe” pero en realidad no, NO es un hombre nacido de nuevo y por lo tanto tiene un árbol podrido y enfermo. Y de tal árbol no hay manera de obtener buen fruto. Si por lo tanto “alguien dice que tiene fe”, pero el buen fruto respectivo falta y pasa de manera permanente, tendríamos que preguntarnos si la fe que dice que tiene es genuina. Como el mesías dijo que es viendo el fruto que conocemos de ese árbol.

*Si alguien cree que por una simple confesión va a ser salvo se engaña a sí mismo. ¡La fe es la que salva! Y si la fe está presente, entonces realmente no hay necesidad para nadie “decir que tiene fe”: esta fe será manifestada a través de las obras, el fruto que lleva.*

< Jacobo/Santiago 2:14 “Hermanos míos, ¿de qué aprovechará si alguno dice que tiene fe, y no tiene obras? ¿Podrá la fe salvarle?” >

¿Puede la fe que solo es de palabra y no en el corazón salvar al que dice tenerla? NO. El fruto, el caminar en las obras que el Todopoderoso ha preparado para nosotros y para las que nos ha creado (Efesios 2:10) es un resultado natural de la fe. Así como obtenemos naranjas de un árbol de naranjas, así también del creyente nacido de nuevo, el creyente que tiene al espíritu del Todopoderoso en él, obtenemos el respectivo fruto. Si alguien dice que tiene fe pero nunca tiene el buen fruto que le acompaña, probablemente no tiene la fe que dice tener. Tal fe, fe de palabra y solo de palabras, es una fe muerta como el árbol muerto que no da nada. Y a ese hombre es al que se refiere Jacobo/Santiago: “¿Puede la fe [que dice tener] salvarle?”. Y la respuesta claramente es NO.

=====

Amigo Evaristo, para servirle.

=====

Respuesta basada en un artículo de Anastasios Kioulachoglou

=====

Adaptado por: Asamblea Israelita Nazarena.

=====

Español: Aleida López de Steinmetz